

Seminario Teologico de Puerto Rico
Bachillerato en Ministerio Pastoral
Formación Espiritual Personal (PMN 346)
Prof. Rina Garcia

Diario de Aflicción

Daniel Rivera Marrero

112986 ID

15 Febrero 2023

SIEMPRE HAS ESTADO AHÍ

Cualquiera que se une en matrimonio desea que sea para toda la vida. Jamás pensé pasar por el sufrimiento y dolor de una ruptura matrimonial. ¿Qué pasa cuando lo que piensas que jamás sufrirás ocurre? ¿Qué pasa cuando predicas que el matrimonio es para toda la vida y terminas con un divorcio, y te preguntas dónde está Dios, porque no responde, porque me pasa esto a mí? Nadie entenderá la profundidad del dolor sentido sino sólo aquel que lo sufre.

Conocí a mi primera esposa en la ACM de Mayagüez, con 18 años y estudiante de la UPR de Mayagüez y ella tan solo tenía 14 y cursaba el noveno grado. Ella deseaba ser mi novia, yo entendía que ella era muy joven, aunque no puedo negar que ella es muy hermosa para mí. Durante seis meses estuve compartiendo con sus padres en casi todas las actividades de la Iglesia y en algunas de índole familiar, en ocasiones salía junto a su padre a pescar, trabajar o a cualquier cosa que me necesitara. Compartía con ellos pues tenía pocos conocidos en el área, fomentando así una relación muy fuerte. Era de conocimiento de sus padres el fuerte deseo de su hija por mí, y debido a la poca valoración que tenía de mi persona, no creía que existiera otra mujer que me estimara con tanta fuerza. Al cabo de seis meses decidí no luchar más conmigo mismo en cuanto a su corta edad por lo que decidí hablar con ella en cuanto a la posibilidad de un noviazgo de tres años, permitiendo terminar su cuarto año y entonces casarnos. En el balcón de su casa me detuve y le pregunté en cuanto a si quería ser mi novia a lo que ella dijo un enfático "Sí", y en cuanto a la espera para casarnos estaba completamente de acuerdo. Por lo que la tome de las manos y me precipite hacia el interior de la casa para hablar con sus padres.

Armado de valor entré a su casa como cualquier otro día, justo ahí en la sala estaban sus padres y tomado de la mano de ella, pedí permiso para hablar con ellos. Me dieron la palabra y le conté sobre la decisión que habíamos tomado, del tiempo que esperaríamos, y que eran los primeros en saberlo. Sus padres aceptaron deseándonos un buen porvenir. Así comenzó un noviazgo que duraría tres años y luego la tan esperada boda.

Sabía que sin Dios no podría hacer nada por lo que luego de tomar la decisión comencé a preguntarle a Dios que si era esta la mujer que él tenía para mí. Me enfoque

en buscar una respuesta a esta pregunta, muchos elogiaban nuestro noviazgo. Hijo de un pastor enamorado de una integrante del coro de adoración, una pareja perfecta. Participamos activamente en la sociedad de Jóvenes. La primera vez que participé en un campamento de jóvenes del concilio fue con ella. Disfrute de todos los elogios que pueden tener unos novios enamorados aceptados por la Iglesia. En una ocasión quise confrontar a una anciana tía de su mamá que por equivocación me acusó de llevar a mi novia a un motel. Lo que me enfureció tanto que solo quería desmentirla y tratarla de mentirosa y metiche. En medio de todo eso le dije a su papá que yo la amaba tanto a su hija que estaría dispuesto a recibirla aun con un hijo que no fuera mío. Con un tío de testigo, el cual andaba conmigo ese día, quien era el que me acompañaba cerca de ese tal motel se dejó en claro que dicho suceso no era posible. Ya aclarado ese evento de forma familiar, no hubo nada más.

Un día ella me informó que saldrían de viaje por unos meses. Su papá saldría del país con toda su familia a trabajar a Chicago. Yo le dije que la extrañaría y que estaría dispuesto a esperarla como habíamos acordado, hasta que terminara su cuarto año aun en su ausencia. Ella se marchó del país, y yo me quedé trabajando.

Para ese entonces ya había dejado la universidad, pues la única razón de estar en la UPR de Mayagüez era el deseo de mi familia, la cual me dejó allí y desaparecieron. Nunca en mi vida estudiantil en la UPR de Mayagüez recibí la visita de mi familia o una llamada. El colmo fue que mis padres un día viajaron a Mayagüez a visitar a mi tía y a mi abuela que era el lugar en donde yo pernoctaba, no me avisaron, ni me esperaron a que yo llegara del colegio. Fue como si yo no existiera en dicho lugar. Fue muy duro para mí aceptar eso. Pero lo acepté. Así que continúe sin el respaldo de ellos en mis decisiones.

Un día decidí ir a la playa en Luquillo con unos antiguos compañeros de la secundaria. Mi novia sabía de tal salida, pues nos comunicamos varias veces en la semana. Allí disfrutando de unas hermosas olas, una gran ola nos esparce por toda la orilla y luego una gran corriente me arrastra junto a dos compañeros. Uno logra salir solo, a otro lo rescata su hermano, y por mi nadie pudo hacer nada. Ya cansado de nadar, me hundo en el agua agitada. Y allí le dije a Dios "Señor aquí no".

Entonces sentí como una gran ola me tomaba del fondo del agua con gran fuerza y rapidez depositando mi cuerpo en la orilla de la playa que todos conocen como La Pared. Mis compañeros me dicen que suerte has tenido, a lo que yo respondí que no fue suerte **Dios me sacó**. Sentado en la orilla todos quieren regresar al agua a divertirse, a lo que yo les pedí que me dejaran solo, pues tenía que reflexionar el porqué Dios no permitió que yo me ahogara, algún propósito tenía todo esto. Pues yo se que desde que tenía alrededor de 8 años Dios me había llamado al pastorado. Allí en la orilla escucho a alguien que me dice, "muchos se han ahogado en esta playa", al voltearme me encuentro a un hombre tambaleándose con una cerveza en la mano. Lo miré y luego regresé mi mirada al mar y le dije: "lo sé". Me dice que él había recibido de Dios el don de profecía y lo vuelvo a mirar con cara de incredulidad, luego regreso mi mirada al mar. En eso me dice: "tú tienes a alguien que amas mucho"; y yo pensé eso cualquiera lo puede decir. Luego me dice: "y esa persona es de lejos". Pensé, Rio Grande...Mayaguez... Lo que me dijo a continuación me dejó atonito: "pero ahora es cuando mas lejos esta de ti". Ahí no me atreví a voltearme. Sin vacilar dice: "el momento de dejarla es ahora, si no lo haces vas a sufrir mucho". Ya pasados algunos segundos y armado de valor para enfrentar a este incircunciso me volteé y ya no estaba allí.

Varios días después planificó ver a una hermana de la congregación que es consejera en una universidad y le platico sobre lo sucedido, y ella me recomendó no hacer caso de un borracho. Me quedé callado e hice caso omiso a lo que escuché aquel día. Al regresar, al cabo de unos meses, continuó con la relación. Y en un culto pasamos ella y yo unos cuantos jóvenes al frente después de una prédica, el predicador unió nuestras manos mientras oraba, y dije esto es de Dios. Claro el predicador nos conocía y al parecer había estado enamorado de ella anteriormente y creo que fue ahí donde se dio por vencido. No decía nada pero se le notaba algo.

Me caso muy emocionado, mi primer año recuerdo que tuvo momentos de gran frustración, por no lograr obtener una casa propia. Aun cuando tratamos de legalizar todos los documentos de una propiedad que estaba destinada para mi. Sin consultar con Dios me voy a ayudar en una obra nueva en Luquillo buscando el favor de Dios. Tenemos nuestro primer hijo, a petición de ella. Al darme la noticia yo actué muy

neutral, muy frío de emoción, yo sabía que era de esperar, pero para ella fue algo que no estuvo bien de mi parte. Ella me hacía ver que todo estaba bien o así lo percibía. Un día después de mi cumpleaños en el mes de febrero se marchó del hogar a su trabajo y no regresó. Nuestro hijo estaba con sus abuelos maternos. En ese momento me sentí burlado. Ella me contesta cuatro horas más tarde diciéndome que se había marchado. Que dolor. Sigo en lo que yo pensaba, buscando el favor de Dios, orando y ayunando. Dios entonces habla a mi corazón y me dice que me daría un regalo el día de mi cumpleaños. Por lo que en parte me enfoque en esperar pero faltaba todo un año, eso sí era el próximo. En uno de los teléfonos encuentro la foto de la persona con la cual estaba sentimentalmente comprometida, más dolor, al mes ya está con otra persona conviviendo. Que dolor pues la amaba tanto. En un sueño el Señor me la mostró sola en una habitación de hospital y encinta, solo su madre la acompañaba, pero su madre no la quería ver en el sueño. Se lo comento, y le digo que se cuide. Queda encinta de su pareja, luego este la abandona, y soy yo el único que queda escuchando su dolor. Dolor por todos lados, dolor porque se fue, dolor porque me traicionó, pero la amaba, por eso dolía tanto.

Y Dios me empieza hablar por medio de predicaciones hablando sobre el perdón, y yo prometiéndome a mí mismo que no la voy a recibir de nuevo en casa. La amo pero me duele. Mi orgullo parecía ser más alto que el amor que sentía por ella. Un amor que me estaba matando. Un día peleando con el Señor le pregunté si él quería que yo volviera con ella después de todo lo que había pasado y el me dijo un rotundo: "Si me place". Ya se acabo no hablaré más contigo esa fue mi actitud, pues muchas veces la voluntad de Dios no es la nuestra. Tome otra excusa y me fui a orar, el hijo que va a tener no es mío, ¿como pues yo lo voy a amar si es un hijo producto de una infidelidad y probablemente se va a parecer a su padre biológico? En ese momento vi una gran mano entrar a mi habitación con un regalo pequeño en medio, y me dijo: te voy a mostrar un poco de lo que yo siento cuando un niño nace. Se abrió el regalo y comencé a llorar de gozo y mi corazón estaba tan lleno de alegría que no la puedo explicar, jamás había sentido cosa semejante en mi vida. Ya no había excusas, vuelvo con ella y el niño nace el mismo día de mi cumpleaños, Dios cumplió su promesa y me dijo que ese era el mayor regalo que él le podía dar a un hombre.

Todo parece estar bien, al año y medio mi esposa vuelve a marcharse, esta vez con otra persona. Ahora sí estaba muy enojado con Dios. Aun en este momento era la mujer de mi vida, y cuestionaba a Dios porque permitía tal atrocidad conmigo. Cuestionaba su plan y propósito, no regrese al templo, deje de hablar con Dios, quería vivir como si él no existiera. Tanto nadar y morir en la orilla. Pensaba que uno se casa solo una vez, por eso Dios restauró mi matrimonio, te obedecí y aun en contra de mi voluntad y para que. Dios fue clemente conmigo en medio de tal pereta como un niño chiquito que no obtiene lo que desea, él habló a mi corazón y me dijo: "cuando yo sanó a un ciego y el ciego se arranca los ojos ya no hay más milagro". Fue ahí donde comprendí que mi matrimonio ya no sería restaurado más.

Entendiendo esto tuve que aceptar que se había acabado todo. No hay más por qué luchar, Dios le había concedido el milagro de la reconciliación, ella así lo había dicho en ocasiones anteriores y lo tiró por la borda. Y aunque estaba dispuesto a perdonarla nuevamente, sabía que ya Dios había hablado.

Aunque en ocasiones deje de hablar con él, él nunca dejó de hablarme y era así como regresaba a él. Así que le dije que estaba seguro que lo que él me había dado nadie podía quitármelo. Hablaba de mis dos hijos. En muchas ocasiones de intenso dolor le pedía que mejor hubiese sido que me ahogara en la playa. Dios me lo había advertido, todo este dolor fue autoinfligido, por desobediente. Y aun en mi desobediencia nunca se apartó de mí.

Dios me ha enseñado cómo es que él ama tanto al judío como al gentil a través de mis dos hijos. Eduardo Jose lo comparó con el pueblo judío y Abdiel Loammi al pueblo gentil. Si el regalo de mi cumpleaños se llama Loammi aquel no es mi pueblo, pero después de la restauración Dios le llama mi pueblo. En medio de perder lo que más amaba Dios siempre estuvo ahí, deseando ser amado por mí. Todavía no he correspondido como debo, pero él no me ha desechado. Cómo comprenderlo se me hace imposible entender su amor. Solo espero conocerlo algún día como él me conoce a mí.

Mi relación con él nunca ha dependido de mí, siempre ha dependido de él, él nunca me ha dejado solo, aunque así lo haya sentido. Hoy puedo ver el acompañamiento que Dios ha tenido conmigo. ¿Qué he ganado? La seguridad de que

él no le falta a su palabra. Que su palabra es verdad porque él es LA VERDAD. No soy Job pero en parte entiendo su expresión de “oídas te habia oido pero ahora mis ojos te ven”. Perdoname, Señor, no soy digno de que me llames tu hijo. Porque soy tan ingrato. Mientras más veo tu grandeza más pequeño y diminuto soy. Pero tú me has hecho tu hijo por medio de Jesucristo. Y me has dado la esperanza de ser coheredero juntamente con Cristo. No existe otro honor más alto en la eternidad.